

DIONISIO RIDRUEJO

Cartas inéditas sobre política y literatura (1954-1964)

INTRODUCCIÓN Y SELECCIÓN DE JORDI GRACIA

Jordi Gracia, ed.

El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo, 1933-1975.

Barcelona, Planeta, 2007

Diez años son muy pocos años pero a veces dan mucho de sí, y esa década entre dos décadas, de 1954 a 1964, fue un laboratorio protodemocrático que puso a prueba unas cuantas cataduras morales (además de unas cuantas cataduras políticas). El Ridruejo que escribe y vive en Madrid en 1954 es un desencantado iracundo del sistema franquista y es un iluso sin fe ya en su propia ilusión neofalangista: se le está acabando la metralla de la esperanza política porque ni siquiera con el invento del semanario *Revista*, que empieza en 1952, o con los tonos conciliadores del ministro Ruiz-Jiménez o de Pedro Laín Entralgo, las cosas mejoran o avanzan como deben. En realidad, no hay ya casi *Revista* a finales de 1954, cuando el propio Ridruejo tiene vetado su nombre desde mayo, tras varias trifulcas con censura que empezaron en el primer número. La carta que le manda al poeta y ensayista Carles Riba es verdad que es la de un poeta, rendido al magisterio de ese amigo reciente desde el Congreso de Poesía de Segovia (de ello habla con escrúpulo y sensatez Jordi Amat en su libro *Las voces del diálogo*) y es verdad también que trata en apariencia de las dificultades que los escritores catalanes tienen para la autorización de una revista en catalán. Pero trata de otra cosa: de la conquista de espacios de racionalidad en la España de Franco, tanto si ese espacio se gana por el lado del respeto al catalán y su cultura



Dionisio Ridruejo

como si es por el lado del respeto al pensamiento y la obra del exilio, como si es el respeto a la mínima veracidad informativa.

Por eso las tres siguientes cartas son ya de un hombre fuera del sistema, y una de ellas es la ratificación de una iniciativa privada... de 1938: no trabajar junto con uno de los asesinos materiales de García Lorca, por muy falangista que fuese y por mucha guerra civil que hubiese entonces. La última carta es ya la de un ex exiliado en París que se interroga sobre las razones del ministro y amigo Manuel Fraga Iribarne para seguir allí, en la casa franquista que el propio Ridruejo habitó algún día y que Fraga sigue habitando en 1964, "Dios sabe por qué". Ridruejo viaja ya en una locomotora socialdemócrata menos drástica que los furros falangistas, más cuerda y por entonces muy poco popular entre la joven oposición.

Estas pocas cartas que selecciono marcan algunos pasos de ese recorrido y enuncian algunas cosas directas e indirectas que

definen el origen de nuestro tiempo: el repudio ideológico del falangismo, la insolidaridad profunda con un sistema de poder que ha demostrado su obsolescencia incluso a ojos de quienes lo fundaron, la radicalidad argumental de una deserción que no es ya sólo política sino también ideológica, y por fin la lealtad a las letras, al oficio de escritor y poeta. Pero tanto como las cartas del propio Ridruejo importan las de los demás, desde la que Ortega y Gasset le manda comentando con cálculo y medida un artículo suyo de 1953 hasta la extensa y honda correspondencia mantenida con José María Valverde o con Gonzalo Torrente Ballester, tan trufadas de asuntos personales, transiciones políticas y dilemas literarios, o los empeños conspirativos que embarcan a Ridruejo en negociaciones con jóvenes como Enrique Múgica o poco después Juan Benet, y con maduros experimentados como Enrique Tierno Galván o el propio Rodolfo Llopis.

La carta de noviembre de 1964 a Fraga Iribarne como Ministro de Información se enmarca en el contexto de la reciente vuelta del exilio en París de Ridruejo, en abril de ese año, y la campaña que el Ministerio urdió contra "los nuevos liberales" y culminó en un folleto de ese mismo título difundido hacia octubre de 1965, es decir, apenas un par de meses después de la expulsión de la Universidad Española de algunos catedráticos, y entre ellos Aranguren, inculcado como "nuevo liberal" y treinta años atrás hombre del régimen, como el propio Ridruejo. A Jaime Gil de Biedma le ha escrito un par de meses antes de ese exilio de París, cuando el régimen impide regresar a algunos de los asistentes al Congreso del Movimiento Europeo de junio de 1962 en Múnich. Pero en todo caso es de nuevo la carta de un escritor a otro escritor, que es ya el poeta de *Compañeros de viaje* y sobre quien le ha llamado la atención a Ridruejo algún amigo bastantes años atrás, en el entorno histórico y biográfico que explica otras dos espléndidas cartas a sendos ministros, Alberto Martín Artajo y Raimundo Fernández Cuesta, ambas de 24 de enero de 1956. El pretexto es la protesta por la suspensión gubernativa de las revistas de letras *Índice e Ínsula* pero el objetivo es otra vez la desautorización íntegra del sistema. Si se repara en la fecha, se advertirá que ambas son anteriores a la crisis de febrero de ese año, y casi son una solicitud formal por parte de Ridruejo de ser detenido o condenado o perseguido, como si buscarse provocar alguna forma de reacción represiva del sistema que permitiese visualizar su posición con respecto a él: es decir, fuera de él y contra él.

De DR a Carles Riba
Mecanografiada
[Madrid], 10 de abril de 1954

Señor Don Carles Riba
Barcelona

Querido amigo:

Deseaba escribirle a correo seguido del envío de mi poema, pero se han interpuesto mil ajeteos y cada día ha quedado para el siguiente*. Espero que dentro de pocos días nos encontremos en Barcelona pero, de todos modos, ahí va la carta prometida, que en cierto modo es una explicación, pues enviar un poema así, sin más, me parece una cosa demasiado desnuda.

Me alegra de verdad que el poema le haya gustado y justo del modo que me dice. ¿Le he encontrado a usted en él? Al menos le he buscado de corazón y creo que eso con los hombres como con la verdad es cuanto podemos hacer, salvo que Dios eche una mano.

Pensé el poema ya el verano pasado cuando, demasiado tarde, me enteré que se estaba celebrando en Cadaqués su homenaje en el que –aún siendo un poco familiar– yo no me hubiera sentido extraño. El propósito de enviarle un poema y no unas líneas cualesquiera me dejó sin enviarle la felicitación que cordialmente deseaba hacerles llegar a usted y a Clementina [Arderiu] a quien he introducido en el poema dulcemente, como usted me dice, porque ella es, en verso y en persona, dulcemente, de modo claro, profundo, irresistible e inolvidable. Y ya comprendo que felicitarle ahora por Clementina sí que sería hacerlo muy tarde cuando tanta felicidad de ella se le ve a usted desde que se les conoce a ambos.

Me tentaban para el poema mucho dos cosas que he puesto en él: el retrato de Cadaqués y el tema de la casa del poeta –que es tema mío muy vivido y aún vivamente expresado– pero lo importante no había de ser eso sino el poeta mismo, su modo de humanidad y no el poeta en abstracto sino un poeta llamado Carles Riba. Ha sido la lectura reiterada de sus elegías [*Elegies de Bierville*] –y especialmente la última– quien me ha conducido. Creo que sin sus elegías el poema sería otro, sin duda tan afectuoso como ese –porque esa es cuestión mía, la del afecto que es grande y de una vez para siempre– pero mucho más de circunstancias. Ese encuentro con la suficiencia del “mí” henchido –es decir despojado– que encontré en sus elegías me hizo saber de la poesía, de los poetas y de usted todo lo que sólo barruntaba. Y así el poema es un poco criatura suya y como vástago de su poesía y de su vivir poético ejemplares.

Sin embargo ya sé que no es solo de nuestros poemas ni de nuestras personas de lo que nos urge más hablar, sino de responsabilidades que hemos asumido libremente, como hombres independientes y al mismo tiempo inseparables de las cosas que han sido su vida con los demás.

Soy pesimista por completo aunque crea que pueden conseguirse con obstinación alivios menores y pasajeros a una situación que para ustedes –y también para muchos de nosotros– es intolerable. Creí hace dos años que era posible introducir en la situación dada cierta virtud modificadora que la llevase a una mayor apertura, que replantease en ella el problema de nuestra convivencia –la de vencedores y vencidos, la de los castellanos y catalanes, la de inquisitivos y creyentes y también la de los pobres y los ricos– demasiado condenados todos a ser lo que les tocó ser en un momento dado. Creía también

que contaba para esa operación con personas “dentro del cercado”, animadas no sólo de buena voluntad y clara visión –que eso aún lo creo de algunos– sino también de decisión, empuje y perseverancia, cosas éstas que ahora creo inexcusable poner a prueba antes de perder, por lo que a ellas se refiere, todas las ilusiones.

No quiero consolarle si le digo –usted sabe que es la verdad– que la cerrazón no afecta a un sólo problema –el de ustedes, que es singularmente claro en su planteamiento– sino a otros muchos y principalmente el de toda nuestra vida intelectual. Por eso me indigné un poco con Vicens [Vives] cuando leí de él que esas eran cuestiones bizantinas. Como si todas esas cuestiones no fueran rigurosamente solidarias y chocaran todas con el mismo obstáculo: una mentalidad basta, cerrada, ingenerosa y cobarde que no estima otro valor sino el de la seguridad y esto referido concretamente a una situación momentánea cuya eternización es lo único que interesa.

Los resultados no son menos graves aquí que ahí: se está dando a la gente a leer una cartilla única y dogmatizada, sin respiro para ninguna expresión crítica y veraz. Y, claro es, la juventud –supuesto que sea ella– empieza a leer esa cartilla al revés: a traducir cada palabra por la contraria. Con lo cual no nos encontraremos con estallido de la verdad frente a la mentira sino con una mentira de signo contrario. Y así sucesivamente, pues esto parece que debe ser el balancín fatal de nuestra historia en el cual, claro es, quedarán siempre triturados los hombres de razón y realidad, los mejores, los más honrados y veraces.

¿Qué hacer? Creo, claro es, en la perseverancia. Perseverancia en el punto de la razón. Pero también en la catarsis de las actitudes morales valerosas. Cuándo y cómo poner esas acciones en juego es nuestro problema; al menos el mío.

Respecto a lo de ustedes –ya lo hablé con [Tomàs] Garcés– creo que la abstención ante el próximo Congreso [de Poesía] es irremediable. Pero creo que no debe haber una ruptura de catalanes con castellanos –eso hoy no tendría sentido alguno– sino una ruptura común con cualquier proyecto que envolviese un falso testimonio y –en definitiva– con la situación por lo que se refiere a su concreto modo de conducirse frente a nuestros problemas. Le dije a Garcés y le repito a usted que estoy dispuesto a no ir yo tampoco, y también a ir para que el Congreso acabe con un acto de solidaridad con ustedes o bien –por no crear a [Joaquín Pérez] Villanueva un conflicto de orden personal– elevar a quien sea un escrito con la firma de los poetas más representativos anunciando nuestra deserción por razón del trato que ustedes están recibiendo. Creo que el lema ha de ser: no aceptamos para los poetas de habla castellana facilidades que se les niegan a otros poetas españoles.

Por supuesto mi solidaridad personal con ustedes es completa y a toda costa y ello no porque me sienta comprometido con mis propias actitudes –que también es así– sino porque comparto, como uno de ustedes mismos, la humillación que sufren y la razón que los asiste.

Espero, como antes le decía, que de todo esto y de tantas cosas más hablemos pronto, quizá dentro de unos días, pero tenía urgencia en decirle a usted –y en este caso a ustedes– estas cosas que siento con absoluta sinceridad.

Muchos saludos para nuestra gran poetisa y un fuerte abrazo de su fiel amigo,

* Se trata evidentemente del poema “A Carles Riba en su casa de Cadaqués”.

Patochada gubernativa

De DR a Raimundo Fernández-Cuesta
Mecanografiada
Madrid, 24 de enero de 1956

Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández-Cuesta
Ministro-Secretario General
Alcalá, 42
Madrid

Querido amigo:

Me comunican la suspensión de las Revistas *Ínsula* e *Índice* y el Director de la primera [por José Luis Cano] me envía la nota que te adjunto; pero yo quisiera añadir algo.

Pongo en relación estas dos decisiones, a mi juicio, muy graves y torpes, con otros varios síntomas y expresiones y no necesito ser un lince par adivinar que no se trata de una dura respuesta a algún concreto incidente de censura, sino una reacción de carácter más general a unos fenómenos también más generales. Esta es la razón por la que no me limito a apelar amistosamente a tu espíritu de indulgencia para que veas de resolver estos dos casos concretos –que lo hago también– sino que invoco más bien tu sentido de la responsabilidad para que veas si es posible impedir cosas infinitamente más graves.

Me parece que el régimen se percata ahora, tardíamente, de un estado de descontento, oposición o como quieras llamarle que, por ser ya maduro, empieza a irrumpir con manifestaciones implícitas por aquellas zonas de la vida nacional donde la desilusión, el cinismo, el escarmiento, la paciencia, la cordura y, en fin, los sentimientos de conservación son menos densos. En vista de ello la reacción es una orden de cerrar el cuadro, una actitud crispada, presta a la represión, que quiere buscar culpables en cualquier parte menos en un severo examen de conciencia y que, si Dios no lo remedia, se resolverá en plena negatividad, a la defensiva, mediante el ejercicio de una intolerancia activa que tenderá a ejercerse no contra los grandes intereses, los abusos de monta o las presiones impertinentes, sino contra lo que siempre ha sido la buena excusa para la mala conciencia del derechismo español: la vida intelectual.

¿No te parece que antes de enquistarse en una posición así habría que pensarlo dos veces? Digo a Martín Artajo, al que escribo también, que vista desde fuera la situación y vista desde el disenso, semejante conducta del Estado casi sería de agradecer puesto que traza una línea de separación mediante la cual desaparecen los equívocos que impiden la franca alienación de las fuerzas adversas la cual, trazada en línea será cosa tan fácil como inevitable. Tanto que, antes o después, nos empujará a todos a la elección forzosa. Si tal juego empieza no hace falta ser profeta para adivinar días muy serios. Cuanto más fuerte y dura sea la represión defensiva tanto más hosca y radicalizada se hará la oposición. En ello

acabarán por dominar los que tienen menos cosas que salvar y respetar, los que parten de cero, los que –por otra parte– están curtidos y ayudados con menos escrúpulos y mejores padrinos. Comprendo muy bien que estas son reflexiones muy para el futuro. Pero todo futuro empieza hoy.

Para mí estos desasosiegos del ambiente a los que se intenta dar réplica no son una sorpresa. Desde 1951 estoy proponiendo –algunas conversaciones hemos tenido sobre ello– lo que a mi juicio era –Dios sabe si aún lo es– oportuno. Esto es: sondear lealmente la opinión, airear los problemas, admitir la presentación de opiniones, ideales, ejemplos y figuras diversas y reductibles o un plan de convivencia, una apertura de la situación integradora y vivificante, un esfuerzo serio por alterar nuestra pesada e injusta estructura social, una campaña seria de moralización y mil cosas más –que empiezan todas por ser una apelación a la inteligencia– y que tú conoces de sobra y que tú mismo, en privado, solías admitir.

Se ha ido haciendo –cada vez con más estrecha tosquedad– todo lo contrario. El Régimen se hace cada día más receloso e intolerante, más reacio a la crítica, más inconveniente en sus expresiones, más sordo a las realidades, más dócil a las sugerencias de los aprovechados –esos que se apresuran a inventar los responsables ideológicos de unas catástrofes futuras que ellos mismos están tratando de “configurar” con su estupidez.

El grave peligro que veo es el de los regímenes acosados y agónicos, capaces de imponerse por la fuerza pero inútiles ya para ejercer seducción y despertar esperanzas. Es, lo creo, un peligro lejano aún y todavía evitable. Pero hay que evitarlo si no queremos condenarnos todos al horrible juego de volver a empezar. Por muy al margen que yo me encuentre no puedo dejar de tener fe aún en mis sugerencias de 1951 ni puedo aceptar con resignación la forzosidad de una salida turbulenta, rencorosa e incontrolable o de una larga resistencia policial, cerrada y odiosa. Hay que evitar que eso llegue a ser así; ya comprendo que por ahora el eco que pueda despertar la muerte de un par de revistas e incluso el licenciamiento de toda la clase intelectual no comprometida y militante, será un eco modesto. Pero es un principio nada sonriente.

Comprendo también que tendré que leer aún, en los periódicos de consigna, que quienes deseamos apertura, convivencia, movimiento hacia el futuro, integración en la continuidad de España y no en la de tal o cual aparato político, somos cobardes, abandonistas, *kerenskys* y otras muchas cosas. Tú sabes muy bien –lo sabes como persona y desearía que lo supieses como Ministro– que todo eso es justamente al revés. Y sería bueno –así se lo digo también a [Martín] Artajo– que hiciera reflexionar a tus compañeros de Gobierno para que, por de pronto, no se diera el mal paso que se va a dar con estas revistas que son tan poca cosa pero que pueden llevar cola muy larga y peligrosa.

Y perdona la excesiva solemnidad de esta carta que no es sino la expresión de una preocupación sincera.

Tu amigo,

De DR a Alberto Martín Artajo
[Mecanografiada]
Madrid, 24 de enero de 1956

Excmo. Señor Don Alberto Martín Artajo
Ministro de Asuntos Exteriores
Madrid

Mi querido amigo:

José Luis Cano, de *Ínsula*, me confía la nota que le adjunto y que acaso Ud. haya recibido por otros conductos. Al mismo tiempo me entero de la supresión de la Revista *Índice*, que dirige [Juan] Fernández Figuera. Aunque el segundo no me ha pedido mediación alguna seguramente porque, conociendo bien la situación, sabe a qué atenerse sobre su posible eficacia, el primero me ha rogado que “haga lo que pueda”. Sé que de nada serviría mi apelación al Ministro de Información [Gabriel Arias Salgado] y por lo tanto renuncié a ella. A Ruiz Jiménez no es necesario que yo le diga nada pues de seguro su intervención ha sido ya solicitada y su disposición será la más favorable. Dejando en paz a otros Ministros a quienes no incumbe la preocupación por la política cultural, me dirijo únicamente al Ministro Secretario y a Ud. Admito de antemano mi falta de autoridad para un consejo y mi falta de “entidad” para una recomendación. Me fío únicamente del posible valor de mis reflexiones y del crédito de buena fe que al hacerlas pueda merecer ante Uds. Hoy por hoy –para ser franco– he dejado de creer que el Régimen sea corregible en sus defectos fundamentales. Si ello es así casi deberían alegrarme aquellas de sus mani-

festaciones que –como estas que nos ocupan– mejor parecen demostrarlo. Reconocerlo así del todo nos libraría a muchos de equívocos o de esperanzas enervantes y nos conduciría sin pena a la consecuencia de que el lugar de nuestra acción está muy lejos de él y muy enfrente de él. Eso –en fin– trazaría una higiénica y bien definida línea divisoria que acaso sea ya lo deseable. No digo esto por jactancia ni por amargura sino para que Ud. comprenda, por el estado espiritual de alguien que, al fin y al cabo, comprometió su vida en el Movimiento, cuál pueda ser el estado de espíritu de los que no tienen respecto al Movimiento afectos y lealtades pasadas que sacrificar o desmentir. Sin embargo esas ligaduras éticas y sentimentales que aún –quiera o no– tiran de mí, me hacen conservar –acaso contra toda razón– el buen deseo de que quede un “todavía”, una instancia de continuidad. Por eso lo que acaso debería alegrarme –como alegra lo que al fin se define y manifiesta– me produce una aguda exasperación. La exasperación que produce siempre la torpeza cuando, pese a todo, el acierto sería cosa fácil.

Y perdone estas prolijidades que le hacen a Ud. perder su tiempo y a mí retrasarme en llegar al asunto.

Ínsula es, como Ud. sabe, una discreta y bien presentada revista literaria escrita predominantemente por gentes que no militan en las organizaciones del régimen ni comparten las responsabilidades de la vida oficial. Es decir, por escritores independientes. La admisión de su existencia era un acto de tolerancia estimable para un régimen de corte autoritario. Con ello nuestro régimen de autoridad acreditaba no compartir el criterio –totalitariamente absoluto– de que no debe tolerarse otra vida intelectual que la militante y comprometida. Al suprimir la revista pasa automáticamente a afirmar ese principio puesto que *Ínsula* no ha cometido la menor impru-

dencia si no es la de mantener en sus colaboraciones un tono amplio y liberal. Ni siquiera se ha entrometido en el huerto cerrado de la política. Ha eludido siempre los terrenos peligrosos (para mi gusto los ha eludido hasta excesivamente). ¿Qué sentido tiene, ahora, la condenación al silencio, a la clandestinidad, a la inexistencia si se pudiera, de ese trozo de vida intelectual, que por el solo hecho de existir y de manifestarse en su independencia y su apoliticismo, daba al régimen una patente —seguramente inmerecida— de liberalidad y moderación? A Ud., Ministro de Asuntos Exteriores, va a importarle mucho lo que eso significa fuera de España donde *Ínsula* tenía la zona más interesante de su público. *Ínsula* era el puente entre una España intelectual no comprometida pero respetuosa y respetada, con un mundo propenso a no creer en semejante posibilidad. Se ha negado en ese mundo la posibilidad de una vida intelectual en España, no ya libre sino ni siquiera “en libertad vigilada”. He aquí que llevaban razón. A mí, no se lo oculto, eso de fuera me interesa menos que lo de dentro. ¿No comprenden lo que ese gesto significa para los jóvenes? ¿No comprenden hasta qué modo las gentes mejor intencionadas y las más partidarias de la concordia y la esperanza pierden así todos sus argumentos? ¿No comprenden que para cualquier escritor con dignidad, el propio ejercicio de la profesión le resultará monstruoso cuando al escritor de al lado e incluso al escritor de frente se le ha quitado el uso de la palabra?

Pero no es menos grave el caso de *Índice*. *Índice* no es una revista emplazada al margen sino nacida en el Régimen mismo puesto que su director es un excombatiente y un falangista. Representaba entre nosotros uno de los varios intentos por demostrar que el régimen —al menos como hecho consumado y punto de partida— tenía posibilidades de apertura, de inclusión, de integración, de progreso perfecto, etc. Para demostrarlo y operar sobre una idea generosa de lo que debe ser el futuro “en continuidad”, ha atendido a muchos sectores que no eran de los “fieles”, les ha propuesto diálogo, ha publicado escritos de sus hombres, de España y del exilio. Pues ahora a todo eso se le dice que no, que eso es *kerenskismo* y debilidad. No sé cómo se entenderá eso por ahí. Está claro que en España hay aún muchos hombres que sienten de algún modo confianza y adhesión por la situación presente, pero muy pocos capaces de sentirlo a título de incondicionales, de panegiristas, de testigos mudos, dimitidos de toda función crítica o proyectiva. Se trata de quedarse solo con esos pocos. Bien está.

Claro es que con *Ínsula* e *Índice* no termina la historia. Hace poco tiempo se obligó a un prestigioso semanario de Barcelona a publicar un artículo editorial infame y deshonesto para la publicación que se resignó a insertarlo. ¿Se ignora que quien cede por debilidad acicala su rencor? Sobre el tipo de inmoralidad que representa el obligar a decir lo que no se quiera se ha dicho algo con autoridad. Pero ese es el pan nuestro de cada día en la prensa que no se resuelve a desaparecer.

Porque me afectó personalmente renuncio a contar a Ud. el proceso de aquella pequeña *Revista* de Barcelona en la que yo intervine por algún tiempo. Desde entonces quedé probado para mí que en España no se pueden hoy ejercer los más

elementales no ya derechos sino deberes para con la vida civil teniendo una pluma en la mano que no vaya a mojar tinta en el tintero del Sr. Aparicio. Que es de calidad, como Ud. sabe.

Las dos últimas suspensiones y otra serie de síntomas que contemporáneamente estamos notando me dan la sensación de que vamos entrando en una etapa de crispación a la defensiva, sumamente torpe, medrosa y desorientada. De pronto nos hemos dado cuenta de que el insatisfactorio estado social de España, la estrechez de su vida intelectual, las corrupciones no raras entre administradores y administrados, la ausencia de ideales, la merma de autoridades, prestigios o ejemplos operantes en nuestra sociedad, la falta de opinión pública, la embustera necedad de nuestros sistemas de información, las abismales e injustificadas desigualdades, el modo grueso y arbitrario de selección del personal político, son cosas que están en la calle, que suscitan discrepancias e irritaciones, que aflojan lealtades y entusiasmos, que soliviantan a los más jóvenes y apartan cínica o doloridamente a los más maduros y que incluso hacen olvidar, lo que es injusto pero muy humano, las cosas positivas que el Régimen puede poner en su balance. Y eso provoca en el poder, no un salvable examen de conciencia, ni una atinada rectificación, ni una decisión de sinceración y aireamiento, sino, como he dicho, una crispación represiva, hosca, intolerante. ¿No le asusta a Ud. esto? ¿No es esto el eterno cantar? Vuelvo a decirle que si a mí no me ligasen aún a esta situación nostalgias, escrúpulos e incluso —ya que no egoísmos que serían muy gratuitos— temores que no son aventurados, ya me estaría alegrando de que se levantasen las murallas y empezase en torno a la ciudadela de la España oficial la ronda de trompetas de la España real. Pero ¿es que vamos a estar siempre empezando la misma historia? Sincerísimamente no me parece deseable. Ni se lo parecerá a nadie que tenga sentido de la responsabilidad ni mucho menos a los que teniéndola y teniendo sensibilidad para captar el sentido de una situación se encuentren hoy dentro de los muros.

Rescate Ud. si puede a esos pobres cautivos de papel: *Ínsula*, *Índice* y los que puedan venir detrás. Y si acaso con ello no contribuye Ud. a que todos parezcamos lo que somos, por lo menos habrá eliminado un pretexto, entre los muchos que hay, para que todos empecemos a convertirnos otra vez en energúmenos. Acaso estas invocaciones le hayan parecido a Ud. —e irónicamente convendré en ello— demasiado solemnes y terribles para algo tan baladí como la muerte violenta de dos pobres revistas de literatura. Seguramente pesa sobre mí el influjo retórico del buen prelado que para juzgar una aún más pobre y volandera hojilla estudiantil echa mano nada menos que de la figura y el fuego del Anticristo. Pero a mí, le repito, no son las dos revistas lo que más me preocupa —y me preocupa y me irrita violentamente semejante patochada gubernativa— sino el tono de la situación en que ese incidente se produce. Sobre ella creo que Ud. y algunos de sus compañeros de Gobierno capaces de percibirla sin empaño, deberían meditar seriamente. Y esta —perdóneme la intromisión— es la invitación de esta carta.

Le saluda respetuosamente, su afcmo. amigo,

De DR a Gabriel Arias Salgado
Mecanografiada
Madrid, 22 de octubre de 1956

Excmo. Señor Don Gabriel Arias Salgado
Ministro de Información y Turismo
Monte Esquinza, 2
Madrid

Querido amigo:

No quiero y no puedo dejar pasar en silencio y sin protesta la publicación de un artículo aparecido en *La Estafeta Literaria* donde se transcriben y glosan, con intención demasiado miserable, algunos párrafos del trabajo publicado por M. Shomberg en *Le Figaro Littéraire* sobre la muerte de Federico García Lorca. El artículo de la *Estafeta* es de los que deshonestan a quienes lo escriben y lo publican y a quienes lo leen sin rebelarse. Te invito a juzgarlo por ti mismo: se trata allí de exculpar al Movimiento Nacional de la mancha arrojada sobre él por la muerte del poeta. La exculpación no se logra y el autor del artículo, aún siendo un necio, no podía menos de saberlo. De lo que al mundo ha hablado siempre es precisamente de lo que allí queda en pie: una máquina política de terror ha matado a un hombre que aún desde el punto de vista más fanático, debía ser considerado como un inocente. El artículo viene a confirmar esta inocencia, a desvanecer cualquier justificación subjetiva, fundada en una necesidad revolucionaria, y no desvirtúa, por otra parte, el hecho de que el poeta

haya muerto a manos de los agentes de la represión política de Granada, sin que a nadie se le pidiera cuentas.

¿Para qué, por lo tanto, se ha escrito este artículo? A mi juicio por una sola razón: porque la publicación de los párrafos de M. Shomberg, permitían arrojar alguna sombra, alguna salpicadura de infamia, sobre la memoria de la víctima. No se trata tanto de establecer que los móviles reales de esa muerte, conjeturados por el escritor francés, no fueran políticos, sino de proclamar que fueron “oscuros”. Sin duda el director de la *Estafeta* ha pensado “cristianamente” que, empequeñeciendo el valor de la víctima, el crimen o el error son más disculpables.

A mí me parece que esto pasa de la raya, que es una porquería y que se han atropellado todas las leyes del honor, de la piedad y de la decencia. Me pregunto y te pregunto si la opinión de los españoles puede estar dictada por gentes capaces de cometer semejante villanía. A poca cosa, si es así, hemos venido a parar, cuando tan poco respeto se nos debe.

No obstante, y para compensar esto sin duda y proteger nuestra seguridad espiritual tu censura nos ha impedido leer en la prensa española un solo recuerdo de Don José Ortega y Gasset en el día del aniversario de su muerte y hasta la esquila familiar anunciando un sufragio por su alma ha sido eliminada.

Está claro que los españoles debemos menospreciar a uno de nuestros más grandes poetas, debemos ignorar a nuestro mayor filósofo y después debemos callarnos. Perdóneme que no me resigne a cumplir la consigna y que proteste, con indignación. Esto es todo.

Te saluda,

Nuevos poetas y nuevos poderes

De DR a Jaime Gil de Biedma
Mecanografiada
Madrid, 25 de Marzo de 1962

Querido Jaime:

Temo que resulte extraño este retrasadísimo acuse de recibo. Los buenos hábitos sociales han quedado ya suficientemente incumplidos para que valga una disculpa. Pero en rigor no me interesa tanto “cumplir con la buena educación” como dar testimonio de mi interés por tu tarea de escritor. He leído –son mis deudas de este año contigo– el libro sobre Guillén y los *Poemas Morales* con afición y proximidad –a veces crítica– y me parece que más vale el tarde que el nunca para darte las gracias por lo que ellos me han dado: y tú, claro es, al enviármelos*.

El libro de Guillén –comprendo que ya te coge un poco lejos– es admirablemente agudo y claro. La crítica es leal: no hecha desde tu catálogo personal exterior sino desde el poeta y sus intenciones. Me ha sido particularmente útil porque Guillén ha sido siempre para mí mucho más un fenómeno que se desea comprender bien –atrayero objeto– que un caudal de poesía que pueda recibirse, revivirse ingenuamente. De otro modo: siempre me ha sido extraño y nunca con él –tampoco con Alexandre– he sido el lector pleno que suelo ser: suspendido todo lo mío para que el poeta o novelista me sustituyan por un momento. Lo veo –ahora mejor que antes– organizando sus objetos en un espacio tácito –no ambiental–, en el vilo de su cuasi–presente. Porque llevas razón: no es el ser (presentidad) sino el ir a ser, lo que enciende a Guillén. Lo que le hace más existencial–idealista que esencialista verdadero. Aunque tampoco suele haber en él verdadero tiempo y, por lo tanto, realidad existencial ordinaria. Hubiera sido interesante –de algún modo lo sugieres– proyectar el ejemplo de Guillén sobre la nueva narrativa francesa objetivista (esa ya en presente pleno).

De tus *Poemas Morales* empieza por gustarme el título. Ya era hora de llamar por su nombre a ese género de poesía con finalidad en el orden de lo social vivo, dejando a un lado la polémica tonta –y falsa– sobre mayorías y minorías. Esa poesía que tú haces condescendiente con la empresa ideológica, es –naturalmente– un

intimismo a su modo –el de la mala conciencia– abnegadamente renunciador al público de hoy –burgués– y al de mañana –¿la clase única?– que piden y volverán a pedir los temas del hombre genérico. Esta poesía es para un público corto y predispuerto. Lo que no dice nada en contra [de] ella y puede decir mucho a tu favor, éticamente. Los poemas son buenos. Me gustan más el primero y el último: los que están más apoyados en una imaginación de lo real concreto. De todos modos el artista es en todos ellos demasiado inteligente y poco ciego, lo que corta y enfría un tanto la emoción. Los elementos de sensibilidad que son intensos no funden bien con los irónicos –tu gran capacidad para el sarcasmo eficaz– y se ve también cómo va a producirse, demasiado adrede, la zambullida en la obviedad comunicable. En conjunto, un poema como el segundo –el más discursivo– me parece el trozo de prosa que es demasiado sencillo para escrito en prosa. Quizá un artista más específico –de los que son todos fuera de su arte– conseguiría mejor que tú, con el mismo trozo de prosa, una fusión emocional más candente y unificada. A una persona tan alertada y difícil de embargar como tú –crítico siempre– se le ve la “condescendencia”.

Hay respecto a este tipo de poesía que, observaciones aparte, tú haces de un modo excelente –con un talento que más bien pesa por sobra que por falta–, cosas que quedan fuera o por detrás de ella y que merecería la pena discutir. Lo que haremos algún día, creo yo. Porque hablarlo todo de una vez y en una carta sería un abuso.

Entre tanto, gracias por haberme incluido en el número de los que debían recibir esos poemas.

Imagino que iré por Barcelona antes de fin de mes y –en todo caso– para el verano. Me gustaría verte.

Y perdona, por favor, este largo silencio para el que no ha habido ningunas otras razones más que el lío de la vida y la pereza.

Un abrazo

* El primero es *Cántico. El mundo y la poesía de Jorge Guillén*, aparecido en la Biblioteca Breve de Seix Barral, en 1960, y el otro fue una edición privada de *Cuatro poemas morales*, editados en realidad ese año de 1962 por Joaquim Horta, y enviados sólo de manera particular.

De DR a Manuel Fraga Iribarne
Mecanografiada
Madrid, 13 de noviembre de 1964

Excmo. Sr. D. Manuel Fraga Iribarne
Ministro de Información y Editor de *La Estafeta Literaria*
Madrid

Señor Editor:

Ha terminado, según veo, con respecto a mí la etapa del silencio represivo para entrar en la de la publicidad malintencionada. En la anterior mi nombre no pudo ser citado en las publicaciones españolas. Se censuró incluso la escueta noticia de la aparición de los tres libros que publiqué en esa época. Ahora cambiamos de modos. Se empezó por las injurias y las reticencias calumniosas cuando “lo de Munich” o con ocasión de algún artículo mío publicado fuera de España, sin dar conocimiento de mis textos. Se me cerró la vía judicial en tres ocasiones sucesivas. Se me negó el derecho de réplica. Temo, por lo que a la defensa legal se refiere, que sucedería ahora lo mismo. *La Estafeta* ha cometido el abuso de publicar un trabajo mío sin mi autorización, pero pienso que lo que se me negó para defender mi buen nombre no se me concedería para defender mi propiedad que es derecho, a mi juicio, algo menos importante. ¿Pasará lo mismo con el de la respuesta? Por mí que no quede, y ahí van estas líneas.

Ahora, por supuesto, se trabaja más finamente que en la fase injurianta. El “estilo fino” fue iniciado por el Sr. [Carlos] Robles Piquer en Valencia hace más o menos un año. Este joven “valor” de la política española “descubrió” ante los valencianos cómo en el año 1940 el joven falangista y servidor del régimen autoritario que yo era, recitaba en público los slogans más obvios del falangismo, el fascismo, o la dictadura nacionalista. Cosa escandalosa para las personas que, al servicio del mismísimo sistema, hablan como liberales o demócratas. Cierto es que yo también hablo hoy como demócrata o socialista liberal, pero tengo la desvergüenza de hacerlo desde la calle, después de abandonar mis puestos y mi carnet de militante (1942), de sufrir cinco años de confinamiento (hasta 1947), de haber experimentado la inutilidad de las instancias a la autorreforma del sistema (1951–54) en que ahora andan los de esa casa, cuidándome entonces de subrayar la

condicionalidad de mi actitud con la negativa a aceptar cargos públicos, después, en fin, de haber sufrido cuatro procesos, haber pasado varias veces por la cárcel y haber estado dos años expulsado del país. Comprendo que todo esto moleste, escandalice, irrite, porque ¿a quién se le ocurre dar el mal ejemplo de “democratizar” sin sueldo oficial ni puesto de poder y sin disponer de los instrumentos de publicidad o influencia de ese mismo régimen, sustancialmente invariado y posiblemente invariable, con cuyas carencias se vive a disgusto?

Ahora *La Estafeta* quiere sacarme los colores a la cara republicando el prólogo a Antonio Machado que escribí al terminar la guerra civil. Le diré para su satisfacción que lo consigue. Ya había escrito yo en mi libro *Escrito en España*:

“Vista desde cerca y en plena actualidad, *Escorial* pareció a muchos españoles que venían de la “otra orilla”, o simplemente del campo liberal, una mano tendida, un alivio, una manifestación sincera de antifanatismo y una tentativa seria de distensión. Así pues, la lectura del primer editorial de la revista y de mi prólogo a las obras de Machado, escrito bajo la vigilancia del propio hermano del poeta, me proporcionó en aquellos días la amistad de no pocas personas de las que en la España vencedora se encontraban perdidas. La misma lectura, en cambio, me valió la repulsa más viva de hombres que estaban lejos de España o de los que leyeron todo aquello muchos años después. Y la mía misma cuando volviera a leerlo pasados quince o veinte años. Y es que visto desde fuera y desde lejos, todo aquello tenía que parecer una farsa, un falso testimonio, un ardid de gentes aprovechadas que querían sumar y, con la suma, legitimar la causa a la que servían...”

No me duele en prendas. Hay dos pasajes de ese prólogo de los que hoy no sabría ufanarme y que lamento haber escrito; como lamento otras muchas cosas. El primero es el que se refiere a mi apreciación mal informada, partidista y maniquea de los que acababan de ser mis adversarios. Ahí no hay verdad histórica. ¿Hubiera sido posible en 1940 y a un mismo tiempo la verdad y el compromiso militante? Creo que no lo eran ni en la una ni en la otra orilla, y en cierto modo podría aplicarme a mí mismo algo de lo que decía de D. Antonio en el párrafo del “propagandista propagandeado”. El otro pasaje es el que se refiere a mi apreciación sobre el valor intelectual de las prosas de Machado. Hay en ello una culpa de ligereza o ignorancia de la que ni siquiera quiero disculparme. También he escrito en mi libro mencionado:

“Leídas o recordadas... veinte años después o entonces mismo desde lejos,

pueden parecer equívocas, porque en general nos valíamos del recurso de despreciar los aspectos discrepantes de las personalidades tomadas como ejemplo en vez de afirmar, sin más, su derecho a la plena reivindicación incluso como tales discrepantes”.

No me avergüenza en cambio la mucha admiración y amor que hay en ese prólogo por mi poeta preferido y la intención con que fue escrito: la de impedir que, como otros muchos, Machado y su obra quedaran sepultados por años dentro de España. Cumplida esa intención, pedí unos años más tarde que el prólogo fuese retirado en la reedición. Su publicación ahora es desleal porque no hace referencia alguna a la situación en que se publicó. A ello se alude en el pasaje transcrito, pero añadiré que, publicado ese prólogo en la revista *Escorial*, junto con un Editorial de mi mano en el que se iniciaba lo que hoy llamarían en ese Ministerio “la apertura”, la edición estuvo a punto de ser recogida a instancias de uno de los miembros del Gobierno. Unos diez años más tarde, un hermano de aquel Ministro, volvió a pedir en la revista *Ateneo* los rigores de la Inquisición para el nombre del poeta. Seguramente ellos eran, respecto a la situación en que vivíamos, más consecuentes que yo. Pero la cosa evidencia que el prólogo distaba mucho de ser innecesario. No se me esconde que, leído ahora, el espíritu de salvación o defensa que lo dictó, parece manchado por una especie de traición utilizante, como las muchas que se siguen cometiendo. Y ahora más que nunca. Y ya que hablamos de utilidades, quede claro que me parecen tan burdas como las de “aquí”, las que, a costa de Machado sí hicieron y se siguen haciendo en la orilla aparentemente más opuesta.

Imagino que están Uds. muy seguros de perjudicar mi crédito con esa campaña de aireamiento de mi pasado que inició el Sr. Robles con gran originalidad, que Uds. continúan con gran delicadeza, y que seguramente sólo está empezando. Quizá el esfuerzo sea un poco tonto. Nunca he pretendido engañar a nadie con ocultamientos, disimulos o interpretaciones forzadas. Hace veinte años era el que Uds. quieren recordar, como hoy soy el que Uds. parecen temer (no mucho, claro está). En un proceso nada cómodo de veinte años, mis ardorosas convicciones juveniles han sido sustituidas por severos juicios de experiencia que me hacen ver las cosas de modo muy distinto. He preferido a la elegante y estética coherencia

biográfica, la coherencia moral que es más penosa y adusta. Ciertamente que mi evolución podría haber concluido en una retirada al silencio más bien que en una publicidad beligerante. Lamento no haber podido hacerlo de aquel modo. Lamento no haber cambiado también en mi inclinación a anteponer las preocupaciones por mi patria a mis conveniencias personales. Ni en lo de ser sincero. Cuando era fascista o el Régimen me parecía aún un punto de partida, lo decía. Cuando, disuadido de mi error, he llegado a ver el Régimen como es: un estancamiento para España y he descubierto el Mediterráneo de la democracia, lo digo también. El arte de los que son, o creen, o dicen lo uno y lo otro a la vez, me admira, pero me es ajeno.

Y dejemos al mundo que nos juzgue –a Uds. y a mí– puesto que nadie puede ser su propio juez ni, casi, su propio abogado.

Con un atento saludo,

P.D*. Discúlpame por usar en esta carta un tono impersonal, sin propósito de acritud. Con él expreso mi intención de trascender el episodio atribuible a una persona –el Director [de *La estafeta literaria*]– para referirme a una política: la de la empresa editora.

Y aprovecho la ocasión de esta post-data para decirte que nada tengo que perdonar en lo que afecta a la publicación de un fragmento de mi prólogo al *Canto [Personal]* de Panero. Sobre él precisaré: 1º Que la actitud espiritual y estética que lo dictó me sigue pareciendo justa. Yo no soy de los que –como se dice en Soria– “salen de Herrera para entrar en Carbonera”. 2º Que me sigue irritando la alusión a los muertos españoles cuando la hacen quienes no tienen humildad para arrepentirse de los “suyos”, lo que no quiere decir que debamos imitarlos –como aquí se hace cada día– en aquello de la brizna en el ojo. Y 3º Que sigo entre los que “buscando a España hallan su corazón reunido y total”, pero sin engañarme ya a mí mismo; esto es, reconociendo que esa búsqueda y ese encuentro no pueden hacerse en la casa que un día habité y tú sigues habitando, Dios sabe por qué.”

* La posdata está tachada a mano con una cruz pero es legible todavía en la copia en papel carbón.

El arte de amar el vino



Más de 3.500 vinos catados y valorados por expertos

Todas las marcas del año
Claves para disfrutar del vino

Más de 400 páginas

Ya a la venta en quioscos.
Información: 902 10 11 46

EDICIONES
EL PAÍS



www.progres.es